

El segundo santo extremeño



JUAN Macias inclita gloria de Extremadura y de la Iglesia.

Su cuna, Ribera del Fresno (Badajoz). Lima su escuela de santidad y el cielo su feliz paraíso.

Beatificado por Gregorio XVI el 31 de Enero de 1836, alcanzará el honor de los santos aureolado en la gloria de Bernini el 28 de Septiembre de 1975.

Fiel amigo y Hermano de hábito de San Martín de Porres, ambos con sangre hispana, supieron escalar la meta de la perfección cristiana.

Juan Macias es un héroe desconocido, como muchos de sus coterráneos. Vino a este mundo un día florido de la adelantada primavera extremeña; Pedro de Arcas e Inés Sánchez, merecieron este vástago singular, cuya noble ambición le haría saltar el océano y llegar al Nuevo Mundo.

Huérfano total a los cinco años, es recogido con su hermana por unos familiares.

Recibió honda formación religiosa. Su pobreza le empujó a ser pastor de ovejas en su juventud. En la mochila nunca faltaba el Rosario. Su constante conversación giraba en torno a Dios y a la Virgen María.

A quienes no comprendían su tierna devoción mariana, les razonaba que así pagaba la deuda de sus padres, si sufrían en el Purgatorio.

El cielo se complacía con su angelical inocencia. San Juan Evangelista, se le aparecía y dialogaba con el joven pastorcito.

Madrugador y diligente. Vivió con austeridad y macerando su cuerpo. Mantuvo a raya sus pasiones con inflexible dureza.

Predicó cariño, sonrisas y amor al prójimo. Corría al lado de los

menesterosos para ayudarles con todas sus fuerzas, con la oración y hasta con los milagros.

Interiormente empujado sintió ansias de aventuras espirituales en lejanas tierras. Venció la resistencia familiar, subestimó halagos y rechazó amenazas. Y, a hurtadillas, huyó de su villa natal. La última visita al Santo Cristo de las Misericordias. Y la leyenda añade que junto a la ermita sacudió el polvo de sus albarcas.

Pasó como peregrino impaciente por Jerez y Sevilla, rica plaza de mercaderes, aventureros y hasta de almas colosales. Merodeando por las calles, la Providencia le libró de escenas desagradables.

Conocidos sus santos afanes, le llamaron loco y otros amargos epítetos. Pero nada le detuvo ni acobardó.

Un mercader le contrató como criado, y, sin temor, embarcó hacia América. La travesía fue dura y peligrosa, pero Juan Macias sonreía ante la esperanza de besar tierras desconocidas.

Pasando por Barranquilla, Tenerife, Mompós, Tunja y Santa Cruz de Bogotá, llegó a Timaná, donde descansó para seguir por Tocaina, Almoguer, Quito, y arribar finalmente a las puertas de Lima. En cuatro meses y medio recorrió, entre penurias y asperezas, más de noventa leguas.

La Ciudad de los Reyes recibió al intrépido pastor extremeño, cuya ambición, al modo divino, era tan inabarcable como la de sus coterráneos Cortés y Pizarro.

Pero su rusticidad le cerró los caminos de las grandes fortunas. Pedro Jiménez Menacho le contrata como simple pastor en tierras incas. Su fidelidad y nobleza conquistaron el corazón del acaudalado Jiménez y éste le encumbró nombrándole su administrador.

Insatisfecho con estos halagos lucrativos, Juan Macias determinó llamar a las puertas del convento dominico de la Magdalena pidiendo el hábito de hermano de obediencia.

Tenia 36 años. Y el día segundo del año 1622 Fray Pablo le abre la portería conventual y abrazándole le admite en la Comunidad.

Previamente Juan Macias hizo testamento nombrando ejecutor inmediato a su amo Jiménez Menacho. Ordenó repartir 200 pesos a los pobres, otra cantidad a la Virgen del Rosario y el resto para su hermana que vivía en Ribera del Fresno, su pueblo natal.

Su noviciado empezó en la portería ayudando a Fray Pablo. El cielo le anuncia penas y martirios, La profecía se cumple espléndidamente. Fue maltratado groseramente, abofeteado, y hasta herido por satánicos espíritus. Pero su raza, su fe y su esperanza le hicieron triunfar siempre.

Debilitado por sus penitencias, le enviaron a mejor clima para

recuperar fuerzas. Retornó en seguida para seguir repartiendo limosnas y derrochar caridad con los pobres.

Fray Juan, sarmentoso como su coterráneo el Alcantarino, fue un dechado de virtudes. Toda la ciudad de Lima le conocía e idolatraba. La portería del convento era una verdadera y concurrida clínica para curación de cuerpos y almas. A Dios se le escapaban los milagros cuando lo pedía Fray Juan. Salva a un niño ahogado, cura unas piernas fracturadas por la rueda de un carro, y otros muchos.

En el mismo convento de la orden dominicana vivía el famoso mulato y taumaturgo Fray Martín de Porres. Los dos hermanos se disputaban el campeonato del amor divino.

Fray Juan pasea por los claustros y atiende la portería, pero su espíritu vuela junto al Rey del Sagrario. Para él cultiva aromáticas flores. Sus ojos vigilan y parpadean como una lámpara. Pide limosnas para el culto del Jueves Santo y con intuición divina rechaza unas monedas cuyo origen fue la usurpación.

Parecía traslucirse en el semblante su alma de querubín. «Vamos a la portería de la Magdalena —decían los limeños—, porque allí hay un ángel en carne humana».

La única dama de su corazón era la Madre del cielo. Su devoción preferida la españolisima del Rosario. Con sus benditas cuentas adornaba su cuello y su vida.

Le obsesionaban los pobres. Para ellos mendigaba limosnas. Un mercader perdió toda su clientela por negar un trozo de tela a Fray Juan para un pobre. Arrepentido le regaló la pieza entera. El capitán Antonio de Alarcón mandó forrar de plata la cuchara con que el santo portero repartía su comida.

Para una pobre mujer arrancó a un acaudalado la promesa de entregar en plata el peso de la esquila petitoria. Puesta en una balanza pagó 2.000 pesos.

Cuando enseñaba el catecismo lo hacía de rodillas. Y asimismo limpiaba los platos en que comían los pobres.

Con sus oraciones, sacrificios y sufragios sacó innumerables almas del purgatorio.

Los punzantes cilicios desmoronaban su cuerpo con llagas infectas. Se hizo precisa una operación quirúrgica que soportó como un muerto ante el pasmo del médico y testigos.

No siempre tomaron por buenas las obras de Fray Juan sus mismos superiores, pero Dios salió siempre en defensa de su siervo.

Su pureza brilló como lirio fragante. La sombra del apóstol virgen virginizó al pastor extremeño. Un joven elegante y rico visitó a Fray

Juan. Las primeras palabras del portero fueron: «Vaya, hermano, a limpiarse, porque no huele bien». Entendida la alusión; se confesó, y al volver le dijo «Ahora despide V. el aroma de un ángel».

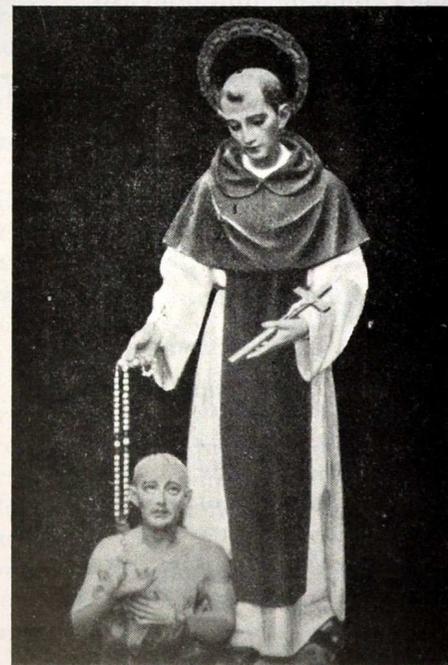
Con la carga de sesenta años flaqueó sus cuerpos. La ciencia se declaró impotente ante la enfermedad. Fray Juan entró en la recta final. Santos Sacramentos, indulgencias, rezos y lágrimas. Expectación en la tierra y júbilo en el cielo.

Es domingo y 16 de Septiembre de 1645. Anochece. Fray Juan permanece estático. El cielo se abre, Melodías angélicas. En el rostro sonrisa y luz en los ojos. Silencio. Quietud.

Y Fray Juan ya no es de este mundo.

Prende la noticia como el fuego. Lima entera llora consternada. Gimen los pobres. Y todos suspiran. «Ha muerto un santo».

TEODORO FERNANDEZ FERNANDEZ



S. Juan Macías, según una interpretación imaginera actual